



PERFILES DE UNA CIUDAD

# Albacete, posada en la llanura

*José Jerez Colino*

*Senador. Alcalde de Albacete entre 1983 y 1991*

Cuando el viajero llega a Albacete, después de recorrer una parte de la inmensa planicie manchega, se sorprende al contemplar, en un territorio aparentemente poco convencional, una ciudad con aires urbanos y capitalinos, bulliciosa, moderna, de numerosos jardines y con un extraordinario comercio

Pero antes de seguir adelante con la descripción de lo que vemos, parece obligado detenerse a conocer algunas de las peculiaridades de su historia reciente, con el único objeto de introducirnos en los rincones de su intimidad, para poseer esas pequeñas magias que ayudan a singularizar cada ciudad y cada pueblo. Observar sin esos pequeños toques puede hacer vulgar la contemplación, o al menos excesivamente comparativa y fría.

Decíamos que Albacete está en terreno poco convencional, y que sorprende. En efecto, la primera realidad de toda ciudad, como es su emplazamiento, no se ajusta a ninguno de los patrones clásicos. Carece de montañas que la protejan de los fríos vientos del norte; no existe un caudaloso o pequeño río cuyos meandros protejan su caserío; tampoco se sitúa en un promontorio que, para su defensa, encontraran sus fundadores la justificación de su emplazamiento (aunque tuvo en su origen tres pequeñas torres en su escudo). El paraje elegido por sus primeros pobladores se ha definido en algunos textos, creo que con razón sobrada, como «El lugar de destino, depósito o recipiente de las aguas vivas o llovedizas, unido al descuido de la naturaleza en haber facilitado su libre curso hasta el Júcar», en lenguaje más científico, aunque no más claro, sería el fondo de una extensa zona de lagunar endorreico. Esta circunstancia de su emplazamiento hace que Albacete, debido a las continuas epidemias producidas por las humedades, no inicie un crecimiento sostenido hasta la construcción del Canal de María Cristina en la primera década del siglo XIX, después de un largo período de estancamiento de casi 300 años.

Para entender la bondad de su ubicación, debemos tener en cuenta una mayor extensión de tierras y un mayor espacio en tiempo. Y a la vez, admirar el tesón de aquellos primeros habitantes por permanecer en lo que, en principio, fueron inhóspitas tierras de vivir y faenar.

Albacete es punto ideal de parada y posta en el Camino Real de Madrid a Valencia, y punto de bifurcación hacia

Cartagena y Murcia. Su crecimiento se debe básicamente a esta circunstancia de ser importante nudo de comunicaciones, a su capitalidad, y al paralelo desarrollo del comercio. El presente y el futuro depende de que siga siendo nudo importante de comunicaciones.

Este aspecto hoy se llama AUTOVIA, TREN DE ALTA VELOCIDAD (AVE), GASODUCTO Y CABLE.

Otro aspecto a considerar, en la línea del conocimiento apuntado, es el de su FERIA (del 7 al 17 de septiembre) declarada de Interés Turístico Nacional y lugar de confluencia de los más variados espectáculos, orgullo y espejo de los albaceteños, además de referencia en el devenir del año (hay un tiempo de antes y otro de después de la Feria). La Feria la coloca y la enmarca la capital, pero la llenan, la alegran y le dan su verdadero sentido las gentes de los pueblos de la provincia, también los de otras provincias colindantes entre las que destaca el sur de Cuenca.

La Feria se ubica en un edificio único y singular, originario de 1783, conjugando la arquitectura manchega con ideales urbanos de la Ilustración. Pero pese a contar con muchos elementos objetivos para ser exportables y más conocida, no ha roto la barrera de su área de influencia comercial. No ha conseguido ese localismo universal del que gozan otras ferias y fiestas, como las de Abril en Sevilla, los Sanfermines de Pamplona, o las Fallas de Valencia.

En Albacete se destacan algunas costumbres que le son propias, unidas a pequeñas dosis de casticismo, derivadas de un tiempo en el que brillaron una burguesía floreciente, donde era frecuente encontrar familias con apellidos vascos, catalanes o valencianos, que hicieron y habitaron el centro más monumental de la ciudad (Val General, Feria, Concepción, Mayor, Altozano) y que comprende en el tiempo hasta algo más del segundo cuarto del presente siglo. Gentes que convivieron cuando se celebraba LA CUERDA (venta de ganado y aperos en los alrededores del recinto ferial), existían las POSADAS (El Reloj, San Antón, Rosario), se paseaba en SIMONETES (pequeños carruajes tirados por un caballo), y estaba en pie el ALTO DE LA VILLA (uno de los cerros fundacionales de la ciudad, hoy desaparecido y transformado en Villacerrada, antaño con bares de alterne, prostitución y miseria). Se practicaba el juego en el CASINO PRIMITIVO, se



## PERFILES DE UNA CIUDAD

celebraban tertulias taurinas en el CLUB TAURINO y sesiones literarias en EL ATENEO. Todo ello creaba una atmósfera pícara, de diferencias sociales acusadas, resabios de componente erótico y machista que marcaron un tiempo, no demasiado descrito en la literatura local, y llamado a desaparecer en buena parte si no surgen personas inquietas que lo rescaten.

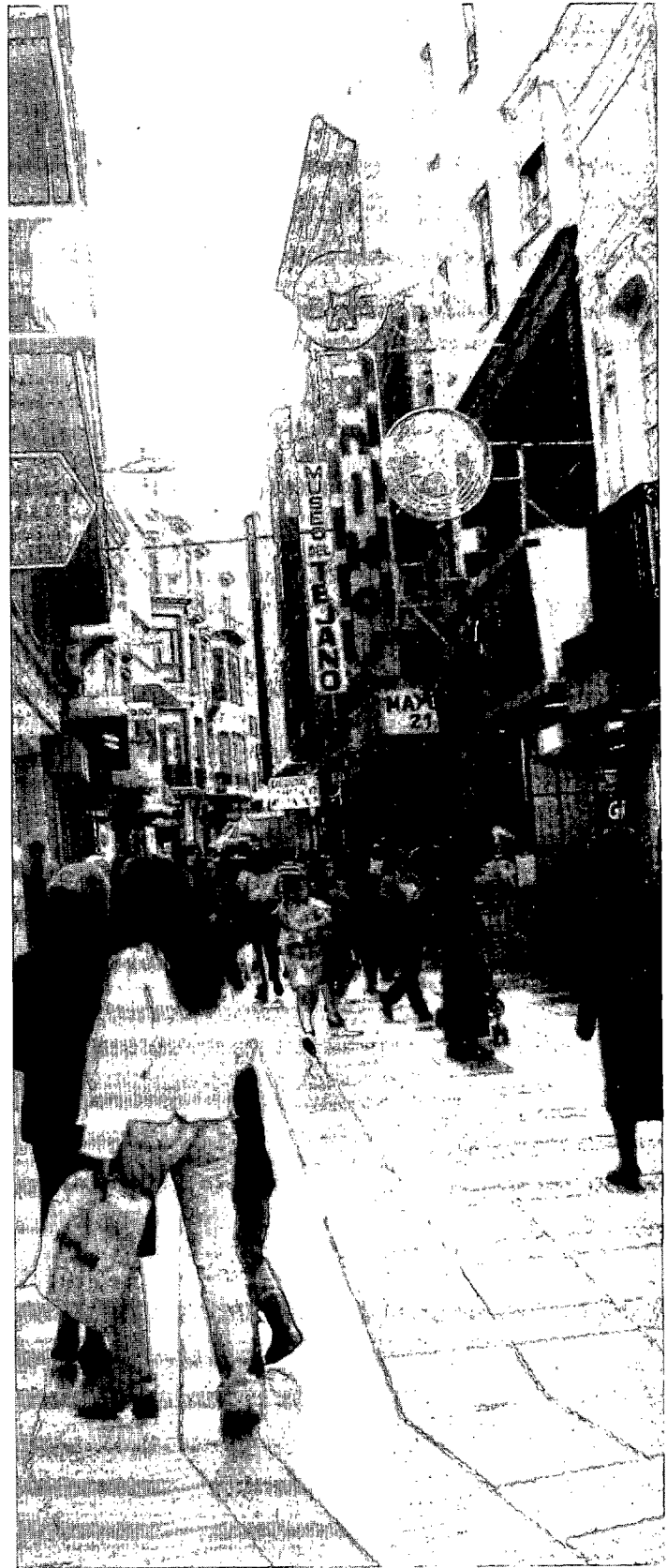
Para entender el espíritu abierto de esta ciudad hay que conocer un notable factor de desarraigo humano ocurrido durante las múltiples emigraciones e inmigraciones de los años del anterior régimen, que han producido una población en la que más del 50% de la misma tienen pocas o nulas raíces generacionales.

Sería incompleto el panorama si omitiera otros aspectos relacionados con los anteriores, que también ayudarán a entender aspectos humanos y urbanos. Tal es su implantación agrícola, su clima extremado, su peculiar religiosidad, su excepcional hidrogeología, o sus arraigadas influencias levantina y murciana... etc.

Ahora, con mayor información, podemos contemplar y entender la lenta e inexorable desaparición de lo que fue el poblachón manchego (Albacete era definido por algunos de sus vecinos como una calle que separaba dos pueblos de La Mancha), y su sustitución por una ciudad que mezcla los restos de casas rústicas del lugar que fue no hace mucho tiempo —dominantes en algunos barrios exteriores y algunos islotes del centro— con el urbanismo salvaje y demoledor de los años sesenta y parte de los setenta, más una nueva situación cultural, más reciente, que ha intentado conservar lo que quedaba a la vez que ha ido creando nuevos espacios urbanos y nuevos lugares de estancia. El conjunto resultante es realmente diverso: avenidas y bulevares conviven con pequeñas calles, zonas muy densas se mezclan con otras casi vacías. Pero entre todo ello va surgiendo, para quien sepa verla, una ciudad moderna, cómoda y dinámica, que con el tiempo entiendes y notas.

Resulta una ciudad bastante integrada en su vida diaria, de ella han desaparecido casi en su totalidad las viejas familias dominantes, y una buena parte de los caciques. Es fácil para el forastero incorporarse al conjunto y sentirse parte de su vida social y laboral.

Albacete es más una ciudad para vivirla que para visitarla. Más para la permanencia que para el relumbrón. Pero en cualquier caso, el viajero encontrará en su visita el Museo de Albacete, la Catedral, el recinto ferial, la plaza de toros, o simplemente la contemplación del salto de ardillas en el parque Abelardo Sánchez, motivos suficientes para recordar momentos importantes y encontrar un nuevo tiempo para volver. ▣



Calle Mayor de Albacete

José Luis